



Cerezas

Espido Freire

Cómo mamá era guapa y esbelta, acompañarla al mercado, a mis ocho años, se tintaba de placer y de una vergüenza insuperable. Me encontraba casi recuperada de la enfermedad que me había mantenido alejada del colegio, encamada, durante medio año, pero mis padres se resistían a mi regreso a la normalidad, como si intuyeran que con la salud perdían a la niña dócil, tímida y delicada que yo había sido hasta entonces, y comenzara el crecimiento de una extraña.

Así, papá me auscultaba cada mañana, comprobaba el termómetro que yo, obediente, había

calentado bajo mi axila, y se preocupaba por qué íbamos a comer antes de salir para su consulta, sin darme nunca el alta definitiva; nunca era lo suficientemente alta, o fuerte, o gruesa para él, mi temperatura no era la correcta. Mamá me permitía continuar vagueando hasta las nueve, me levantaba, y mientras yo removía con desgana el tazón con leche chocolateada, ella organizaba la tarea de la cocinera y la doncella. Repasábamos hasta las once mis lecciones, que retomaría una profesora particular por la tarde, y cada martes y jueves, la catequesis que ella impartía al grupo de niñas de mi clase todos los sábados.

Mamá, que aborrecía cualquier tarea doméstica

y que gozaba de reputación por convertir a las criadas que pasaban por casa en auténticas perlas, se reservaba, en cambio, la compra diaria. Si hubiera estado en su mano, se hubiera librado también de ello, pero mi padre mantenía la firme creencia de que toda sirvienta con acceso al dinero sisaba, y aunque a mí me parecía imposible, e incluso me indignaba ante el mero pensamiento de que Silvia, la chica para todo, o Concha, la cocinera que habían contratado desde que se casaron, pudieran robar, mi madre había claudicado en ese punto, y compraba su libertad con el ratito de mercado diario; a cambio, dedicaba el resto de su tiempo a sus auténticas pasiones: la religión, el estudio de la filosofía, y la pintura.

Mamá se vestía para ir al Mercado de la Paz, que apenas distaba doscientos metros de casa, como para un té con sus amigas: con zapatos de medio tacón y bolso a juego, un abrigo blanco, de lana suavísima, en invierno, y un moño que la hacía aún más alta. Era, entre las criadas que caminaban entre las callejas de puestos, y algunas mujeres casi ancianas, que tiraban de carritos o de bolsas de plástico rígido, una imagen de otro mundo. Los tenderos la adoraban: yo, de su mano, recibía a veces las migajas de esa admiración. Un polvorón, unas cerezas, un elogio adaptado a mi edad y mi estatura.

—¿Esa es tu hija? No puede ser, si la recuerdo cuando era un microbio...

—La madre y la hija, cada día más guapas.

—Por ahí va la gracia y la elegancia, sí señor.

Ella mantenía sus fobias, sus filias y sus intocables. El zapatero que se encargaba de sus tacones y de ponerme suelas a los zapatos que, cuando estaba sana, destrozaba contra el asfalto, y que ahora que volvía a caminar, continuaríamos precisando, era uno de los intocables, bendecido por su compasión y su simpatía, hiciera lo que hiciera. Desconozco qué hilo extraño unía a mi madre, rubia, exquisita y delicada, con aquel hombre que habitaba un espacio estrechísimo, con dedos rápidos y la piel ajada, pero fuera lo que fuera, perduró hasta la muerte de ella.

Las filias se repartían entre varios otros puestos:

el conservero al que sólo compraba salmón ahumado, pese a los intentos del dueño y su mujer por que probara algunos encurtidos, que no gustaban en casa. La frutería que mostraba más esmero en la presentación, y que exhibía las brevas como bombas moradas, y los primeros frutos exóticos que yo recuerdo, los kiwis y los fisalis, entre papel de seda de colores, que potenciaban el pequeño sol verde radiante de los primeros, y las hileras de fuego de las segundas. El pescadero que, según supimos luego, estaba liado con otro hombre, pero que entusiasmaba a las señoras por su memoria y por la gracia con la que hilaba reproches y piropos. Mamá, creo, lo estimaba sobre todas las cosas porque le traía txanguros, aquellos cangrejos enormes con aspecto extraterrestre, y que ella preparaba al estilo de su tierra.

Las fobias se destinaban a mujeres, a dos carniceras que consideraba vulgares, a una frutera que la engañó en una ocasión con unas manzanas con sabor a patata y en otra, cuando esperábamos invitados, con los melones que compró para los postres. La lista continuaba con el puesto de salchichería, y con una lechera que, a su entender, se daba muchos aires.

Pese a sus intentos, mamá carecía de amigas. Algunas mujeres la miraban con recelo o abierta envidia, una envidia que ella decía no entender pero que alentaba con sus modales y su sutil forma de extravagancia, a su vez, ella se sentía fácilmente herida por ofensas reales o imaginarias. Se encontraba más a gusto entre los varones, que la trataban con una deferencia a la que se había acostumbrado, y que apreciaban, sin criticarla ni contrariarla, sus aspiraciones intelectuales.

Todos, salvo papá, que se burlaba de manera abierta de los cuadros que mamá pintaba en la salita. No le gustaba nada de aquella afición: ni el espacio que ocupaba, que antes se destinaba a cuarto de pintura, ni los temas que elegía, casi siempre copias de postales o de cuadros abiertamente sentimentales, ni el olor del óleo, que nos obligaba a mantener las ventanas del pasillo abiertas durante todo el día. A mí, a quien mi

madre permitía dibujar los trazos en carboncillo por debajo de la trama de pinceladas, me parecía el olor del hogar, como el de la cocina en la que se freía cebolla y tomate, o el de vetiver de mi madre. Algo indeciblemente refinado, íntimo y muy frágil, que podría romperse en cualquier momento porque enfermara de nuevo, por crecer o porque papá decidiera mover su consulta, como de cuando en cuando amenazaba, a otra ciudad que no fuera Madrid.

Finalizaba la primavera cuando mi madre comenzó a tomar lecciones del natural. Primero con objetos de metal y madera, libros, bolas de madera o marfil, algunos instrumentos del despacho de mi padre. Luego saltó a las naturalezas muertas, y entonces comenzó a comprar las frutas por unidades, pescados que aborrecía por su aspecto pinchoso o tasajos de carne que componía en una bandeja, con guantes de goma, antes de tomar aire y comenzar a pintarlos.

Un día, mientras yo estudiaba, llamó con los nudillos a la puerta de mi dormitorio. Se había recogido el pelo con una cinta y llevaba su bata blanca de trabajo.

—Hija —me dijo—, necesito que vayas al mercado y que me compres esto donde Mari.

Revisó conmigo la lista de frutas que pedía: tres o cuatro fresas de buen tamaño, ciruelas, con ese velo invisible y blanquecino que les da la frescura, dos melocotones muy vivos de color. Era la compra que esa mañana había hecho conmigo, pero que ahora, sobre el lienzo, no daba resultado. Las fresas eran pequeñas y mezquinas en tono, no acertaba con los melocotones y, aburrida, se había comido uno. Imposible que la vieran con ese aspecto: y el arreglo de mi madre para salir a la calle duraba mucho más que lo que la urgencia requería.

Con la lista y el monedero en una mano subí con parsimonia la calle Ayala y me acerqué al mercado. Entonces me di cuenta de que era la primera vez que entraba sola en el laberinto de calles y puestos, y que no sabía cómo ir a ninguno de ellos. Perdida toda referencia entre uno y otro, con la atención puesta en las mil cosas en las que reparábamos los niños pero no en las vuel-

tas y esquinas, ni siquiera sabía cuál era la puerta preferida por la que entraba mi madre.

Los tenderos se preocuparon al verme sola: ¿Dónde estaba mamá, qué le ocurría, se encontraba bien de salud, me había escapado? ¿Y ella no bajaría, quizás se había olvidado algo? Las mujeres, en cambio, me saludaron con mayor frialdad. Ya era mayorcita, ya era hora de que me encargara de esas cosas, ellas a mi edad, ahora se malcriaba tanto a los niños.

Me di cuenta, mientras avanzaba algo titubeante por los puestos que, aunque no compartía la liviandad de huesos de mamá, ni su caminar resuelto, había heredado el resentimiento de quienes la aborrecían. Mientras ella caminaba, con su abrigo blanco, o su rebeca violeta, o el ligero guardapolvo rojo de primavera, conmigo de la mano, había estado protegida, como los infantes cuando avanzan en combate protegidos por la caballería. Y, sola, sin escudo y sin avisos, el sol me daba en los ojos y me deslumbraba, y no era un sol amable.

Las señoras de la tarde no tenían nada que ver con las que frecuentaban el mercado por la mañana. Más jóvenes, algunas de ellas con niñas de uniforme a su vera, con un aire más urgente, completamente desconocidas. Muchas se parecían a mi madre en el peinado, en la forma de vestir.

Regresé con las fresas, las ciruelas y los melocotones envueltos en papel, y dudé de nuevo en la puerta. El zapatero me llamó con un gesto.

—¿Cómo es que vienes sola? ¿Tu madre?

—No sé —dije, y en ese momento era cierto. Me había olvidado de mi madre real, aunque era ella, un fantasma en cada rincón, la que llenaba aquel momento, y aquel lugar. El miedo y la ausencia de mamá habían sustituido a la auténtica madre, y sólo me quedaban fuerzas para huir del mercado y regresar a lo conocido.

Mamá recolocó las frutas en el bodegón y se olvidó de mí, con la frente fruncida, para comenzar de nuevo en un lienzo imprimado. Aquel nuevo cuadro fue un nuevo desastre, y tras varios intentos desistió de la copia al natural. No era capaz de convertir los objetos reales en una imagen, su

vista no contemplaba las proporciones ni las distancias. Regresó a la reproducción de postales, y luego se cansó también de ello y lo cambió por visitas guiadas a los museos, a los que llevaba después a sus grupos de catequesis.

Murió como lo hacen los elegidos de los dioses, joven y con dolor. El mundo se detuvo, y todo en la casa gritaba su nombre, su mano, su paso. Cuando, dos años más tarde, mi nueva madrastra renovó la casa por completo, papá y yo, lejos de reprochárselo, respiramos aliviados. Mamá continuaba en el caballete con los lienzos, en los jarrones de cristal con mimosas o lilas, o rosas o girasoles, en las cortinas de lino y los cojines con motivos marinos. Mi cuarto, que continuaba siendo el de una niña que había gastado gran parte de su tiempo en luchar contra una enfermedad, pasó a ser el de una adolescente, de manera que la casa entera se liberó, con color, de una camisa de serpiente, y mudó a una nueva piel. Me despedí sin pena de Silvia, que al parecer robaba de verdad, y de la entrañable Concha, que me había criado con sopas, hígado de ternera, buenísimo para los huesos, y pechugas empanadas.

Llegaron entonces los años de los estudios; me marché al extranjero, y cuando regresé, en busca de un trabajo que me anclara a Madrid, a los abuelos muy ancianos, a mi padre, que también envejecía, encontré casi intacto el barrio de Salamanca que me había visto crecer, la misma gente, salvo algunas ausencias, los mismos comercios, salvo algunos bares de cara lavada y algunos restaurantes que ofrecían comida japonesa, pizzas, comida de siete a once.

Un día escuché que alguien me llamaba por mi nombre: me volví, y reconocí de inmediato al zapatero que prefería mi madre. Había envejecido muy poco, caminaba erguido y me contó que se había jubilado.

—¿Y los otros? —pregunté, e hice un esfuerzo por recordar los nombres de los charcuteros, del hombre que vendía legumbres a granel y ñoras para el sofrito.

—Intentando sobrevivir, o jubilados, como yo. Algunos murieron...

Yo imaginaba entre los puestos viejos algunos nuevos: la moda imperiosa de los aceites, una bonita tienda de vinos, con un asesor amable que permitiera catas y maridajes, un puesto de ostras, como en otros mercados se había impuesto. Pero, en realidad, no era capaz de apartarme de la imagen de los desagües de alcantarilla, las cerezas tendidas a mi mano de los fruteros preferidos.

—¿A qué te dedicas? —me preguntó—. ¿Estudiaste alguna carrera? Sé que estuviste mucho tiempo en Estados Unidos, o en Inglaterra, o no sé dónde.

— Soy médico —respondí.

— Como tu padre.

— No, como mi padre no. Yo soy oncóloga.

Se hizo el silencio que siempre sigue a la enfermedad maldita, a la más temida, la más caprichosa.

—Era como Grace Kelly, tu madre —dijo, de pronto—. Tenía un talle, una planta... Te le parecías... en la cara. En el corte de las cejas.

No bajó la mirada al cuerpo, ni a las piernas, y yo se lo agradecí, sin palabras. Asentí, y me dirigí hacia mi casa. Aquel mercado me había avisado del dolor de vivir sin madre, de las preguntas incómodas y la nostalgia, vívida e irreparable, de lo perdido. Mientras arrastraba, cojeando, la pierna en la que se había cebado la poliomielitis de mis siete años, añoré como nunca a mamá, su rebeca morada, sus tacones correctos, su abrigo blanco, sus lienzos de aficionada, su receta para el txangurro, todo aquello que mi madrastra había guardado para mí en grandes cajas y que no me había sentido con ganas ni fuerzas de abrir.

Y, mientras abría la puerta de la casa de mi padre, sentí un irrefrenable deseo de que alguien, alguien que me quisiera, alguien que quisiera a mi madre, alguien, por compasión, por amor, por hacerme sonreír, me regalara un par de cerezas.

Ilustración: Pablo Moncloa



El mercado de referencia utilizado por la autora de este cuento es el **Mercado de la Paz. Madrid**